

LAURA GALLEGO

EL LIBRO DE LOS PORTALES



minotauro

LAURA GALLEGO

EL LIBRO
DE LOS
PORTALES

minotauro

© Laura Gallego, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de portada: © Gabriel Barbabianca, 2021

Titulación de portada: Cover Kitchen

ISBN: 978-84-450-0974-1
Depósito legal: B. 1.973-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



UN PROYECTO EN MARCHA

«... asimismo establecemos que todo Estudiante deberá probar sus Conocimientos en un Proyecto final que será Evaluado por el Consejo de la Academia tras su Conclusión.

Bajo tales Circunstancias se permite al Estudiante emplear todos los útiles y herramientas propios del rango de Maese, para que su Portal pueda ser Examinado de forma conveniente.

El Estudiante cuyo Proyecto obtuviere la aprobación del Consejo será merecedor de ser llamado Maese y ejercer el muy noble y digno Oficio de los Pintores de Portales.»

*Normativa General de la Academia de los Portales.
Capítulo 35, sección 23, epígrafe 7.º*

El pintor de portales llegó cuando el sol ya se ponía por el horizonte.

Fue Yania quien lo vio primero. Yunek estaba trabajando en el campo con su madre, pero no avanzaban gran cosa, porque el joven enviaba a su hermana una y otra vez a otear el camino desde el porche, para que pudiera avisarlos con tiempo de la llegada del maese.

Lo cierto es que llevaban esperándolo todo el día. Yunek se había levantado antes del alba, temiendo que se presentara a primeras horas de la mañana. Después de todo, los pintores de portales viajaban muy deprisa.

Ahora, Yania y su madre habían vuelto al campo, mientras Yunek, apoyado en la valla, contemplaba la delgada figura roja que se acercaba por el sendero, repitiendo mentalmente una y otra vez lo que pensaba decirle.

Pero, cuando el pintor de portales llegó ante él, respirando fatigosamente, con su enorme compás a la espalda y el morral

que contenía su instrumental colgándole a un costado, las palabras que Yunek había preparado murieron en sus labios.

–Buenas tardes –dijo el maese, tendiéndole la mano con una sonrisa–. Soy Tabit.

Yunek se la estrechó. La mano del pintor era blanca y delicada, y contrastaba con la suya, fuerte, morena y llena de callos. La mano de un campesino.

–Yo soy Yunek –respondió él; por un momento, no supo qué otra cosa decir. Tras un silencio incómodo, el pintor frunció el ceño y dijo, con cierta inseguridad:

–Quizá me haya equivocado de sitio. Si es así, disculpa; he venido desde muy lejos y no conozco esta región. El portal más cercano está a medio día de camino, así que es posible que me haya perdido.

–No, no os habéis perdido –reaccionó Yunek por fin.

–Has encargado un portal, ¿no es así? –se aseguró Tabit.

–Sí... sí, perdonad, maese. Es solo que... –Yunek sacudió la cabeza, aún desconcertado–. No esperaba... Vaya, creía que... la Academia enviaría a alguien...

–¿... mayor? –completó Tabit, sonriendo de nuevo.

Yunek sintió cierto alivio, porque el maese no parecía ofendido. Se trataba de un muchacho de su edad, quizá incluso más joven. Su pelo negro contrastaba con el tono pálido de su piel. Parecía frágil y delicado, pero sus ojos oscuros le sonreían, sinceros, al mismo tiempo que su boca. A Yunek le cayó bien.

–Sí, yo... Disculpad, es que nunca antes había visto a un pintor de portales. Pensaba que todos eran ancianos de largas trenzas blancas –añadió, devolviéndole la sonrisa.

–Bueno, mis profesores sí son un poco así –reconoció Tabit con una carcajada–. Y puedes tutearme, Yunek. Después de todo, los dos tenemos más o menos la misma edad, y, además, yo todavía no soy un maese.

Yunek iba a responder, pero la última afirmación del pintor le hizo fruncir el ceño. Tabit, ajeno a esto, se adelantó hacia la entrada de la casa.

–En fin, es tarde, así que será mejor que comience a trabajar cuanto antes –dijo–. ¿Dónde quieres el portal?

Yunek lo alcanzó casi en la puerta.

–Espera un momento –protestó–. ¿Qué es eso de que no eres un maese?

—Estoy cursando mi último año de estudios en la Academia —respondió el muchacho—. Pero no te preocupes; sé perfectamente cómo hay que hacer un portal, lo he practicado en clase docenas de veces.

Las palabras de Tabit, lejos de tranquilizar a Yunek, lo molestaron todavía más.

—Eh, eh, no, espera. ¿Es porque somos pobres? Tengo dinero para pagar esto; llevo mucho tiempo ahorrando. Así que merezco el mismo trato que cualquier otra persona. ¿O es que mi dinero vale menos que el de la gente de la ciudad?

Tabit se detuvo y lo miró un momento, dolido.

—Claro que no. Mira, intentaré explicártelo. Tu portal es... mi examen final, ¿entiendes? Si lo hago bien, seré un maese de pleno derecho. Así que ten por seguro que me esmeraré, incluso más que otros maeses que llevan años trabajando. En realidad, sé de algunos profesores de la Academia, verdaderas eminencias en materia de portales, que llevan décadas sin dibujar uno. Pero los estudiantes debemos hacer un portal de verdad para graduarnos, esto es así desde que se fundó la institución. En esta ocasión te ha tocado a ti, y te aseguro que para mí será todo un honor dibujar tu portal. Lo haré lo mejor que pueda, te lo prometo.

Era difícil objetar algo al entusiasmo de Tabit. Yunek, sin embargo, aún encontró un nuevo argumento:

—Espera, ¿has dicho que este será tu primer portal «de verdad»? ¿Es que los otros eran «de mentira»?

El pintor dejó escapar una carcajada.

—No, hombre, los portales que hago están bien; de hecho, soy el mejor de mi clase en Cálculo de Coordenadas, y en Diseño de Trazado estoy entre los primeros. Lo que pasa es que a los estudiantes no se nos permite dibujar portales con pintura de bodarita, ¿entiendes? Así que en teoría todos están bien hechos, pero en la práctica no funcionan, porque hasta ahora no he podido utilizar la pintura adecuada. El tuyo será mi primer proyecto de verdad, y puedes imaginar que estoy muy emocionado y me lo voy a tomar muy, muy en serio. Confía en mí.

Yunek aún albergaba dudas; pero entonces recordó cómo se habían burlado los granjeros de la zona de sus pretensiones de abrir un portal en su propia casa. Tras la muerte de su padre, y con una familia a la que mantener, nadie habría apostado a que un muchacho como él sería capaz de ahorrar tanto dinero.

Por supuesto, no había sido sencillo. Habían vendido sus tierras, reservándose solo una pequeña parcela para cubrir sus necesidades básicas, y también se habían deshecho de la mayor parte de los animales del establo; aun así, Yunek había tardado más de siete años en reunir todo el dinero, a costa de que la familia tuviera que renunciar a muchas cosas. El viejo vestido de Yania le quedaba corto desde hacía un par de estaciones, y los zapatos del propio Yunek estaban casi destrozados. Ya solo comían carne, con suerte, una o dos veces al mes. Y las mantas estaban tan apolilladas y llenas de remiendos que no aguantarían un invierno más.

Pero Yunek no pensaba renunciar a su sueño. Tendrían un portal que los acercaría a la capital, a un futuro mejor para todos... y especialmente para Yania.

Los dos jóvenes entraron en la casa. Allí los esperaba el resto de la familia de Yunek: su madre, Bekia, de rostro cansado pero amable, aparentaba más edad de la que tenía en realidad; y Yania, su hermana, de diez años, era una muchachita inquieta y vivaracha, de ojos oscuros e inteligentes y gruesas trenzas de color castaño claro. Las dos recibieron sonrientes al pintor de portales. Si se sintieron decepcionadas por su aspecto juvenil, desde luego no lo demostraron; y, si él encontró su hogar demasiado humilde, se abstuvo de dejarlo entrever. Yania acarreaba una jarra de loza repleta de agua fresca, y le sirvió un vaso, que Tabit aceptó, agradecido.

Se sentaron en torno a la mesa para que el pintor descansara un poco de su viaje. Se produjo un momento incómodo, porque Yunek no sabía por dónde empezar, y Tabit se preguntaba si estarían esperando a alguien más –tal vez, al cabeza de familia–, mientras Yania, con la barbilla apoyada sobre los brazos, lo observaba con evidente interés.

–De-debería empezar ya a trabajar –tartamudeó entonces Tabit–, si quiero emprender el regreso a Maradia antes de que sea noche cerrada.

–¡Pero, cómo! –se escandalizó Bekia–. Maese, ¿pensáis viajar en plena oscuridad? ¡No podemos consentirlo! Pasaréis la noche en nuestra casa... es decir, si no os molesta que seamos... –se interrumpió de pronto y bajó la cabeza con brusquedad, sonrojada y sorprendida por su propio atrevimiento.

–... pobres –concluyó Yunek con amargura–. Lo que mi ma-

dre quiere decir es que suponemos que estás acostumbrado a camas blandas, sábanas suaves y guiso de carne y vino bueno para cenar... y que, sintiéndolo mucho, en nuestra casa no hay nada de eso.

Bekia lo miró, horrorizada por su descaro. Sentía –como la mayor parte de la gente– un respeto reverencial hacia los pintores de la Academia, incluso aunque fueran jóvenes como aquel, y temía ofenderlos.

Pero Tabit no se ofendió. De hecho, la posibilidad de desandar el camino de noche no lo seducía en absoluto, así que se sentía muy agradecido ante su generoso ofrecimiento.

–Y yo tampoco lo necesito –los tranquilizó–. Para mí será un honor pasar aquí la noche. De verdad, me hacéis un gran favor. Muchas gracias.

Bekia se sonrojó de nuevo, complacida. Yania sonrió.

Tabit se levantó, recuperado ya de la caminata.

–Bueno, pero no he venido hasta aquí solo para abusar de vuestra hospitalidad –dijo, y le brillaron los ojos cuando añadió–: Hablemos de portales.

Las explicaciones que Yunek y Yania le dieron resultaron algo confusas, porque se interrumpían el uno al otro en su afán de relatarle la historia cada uno a su manera. Hasta que Tabit dijo:

–A ver si lo he entendido bien: queréis un portal que una vuestra casa con la Academia, ¿no? –Parpadeó, desconcertado–. Pero... ¿nadie os ha explicado que eso no está permitido? Los portales que hay en el recinto de la Academia son para uso exclusivo de los pintores, así que...

–No –cortó Yunek–. Queremos que el portal lleve a la ciudad de Maradia, para que Yania pueda ir y venir cuando quiera, porque... –titubeó–, porque me gustaría... nos gustaría... que en un futuro estudiase en la Academia de los Portales –admitió por fin.

Bekia lanzó una exclamación ahogada y miró a Tabit de reojo, temiendo que el joven se tomaría a mal que una niña campesina como Yania aspirase a tanto. Una cosa era tener un sueño y otra, muy distinta en su opinión, expresarlo con tanto descaro frente a un maese.

Pero Tabit solo comentó:

–Vaya.

–Sabemos que es muy caro –dijo Yunek atropelladamente–, y que quizá no nos lo podamos permitir. Pero...

–Hay becas –respondió Tabit con suavidad–. Todos los años se convoca un examen de ingreso. Al aspirante que obtiene mejores resultados se le admite en la Academia, independientemente de su procedencia o del dinero de su familia. El Consejo sufraga los gastos en esos casos.

A Yunek se le iluminó la cara.

–Sí –asintió–, eso nos habían dicho. Y Yania es muy lista. Sé que puede ser pintora de portales si se lo propone. Pero por aquí cerca no hay ninguna escuela, ni tiene libros ni maestros que la puedan preparar para el examen. Si no viviéramos tan lejos de la capital... –Sacudió la cabeza, pesaroso.

–Entiendo –murmuró Tabit, asintiendo. La región de Uskia, donde estaba situada la granja de Yunek, era sin duda la más remota y perdida de toda Darusia.

–Es algo que se le ha metido a Yunek entre ceja y ceja –intervino Bekia, como disculpando a su hijo–. Cuando murió mi esposo... Bueno, fueron malos tiempos. El muchacho juró que conseguiría una buena educación para su hermana. Que no envejecería en estos campos, como todos nosotros. Y la niña es lista, vaya si lo es. Pero nunca ha ido a la escuela. No sé si...

–Todo se puede aprender –dijo Tabit–. Tendrá que estudiar mucho, pero lo conseguirá, si trabaja con esfuerzo y constancia.

A Bekia le agradaron las palabras del joven.

–Maese, no sois... –vaciló–. No sois como imaginaba.

Tabit sonrió, un poco incómodo.

–De acuerdo, pues –afirmó–. ¿Dónde queréis que pinte el portal?

Yunek lo condujo sin dudar hasta la pared del fondo, que estaba muy despejada para pertenecer a una vivienda de campesinos. No había estantes repletos ni ganchos de los que colgaran aperos de labranza. Hacía muchos años que Yunek había decidido que aquel sería el lugar donde se abriría su portal, y lo había mantenido así, en espera de que llegara el gran día en que pudiera mostrárselo al maese que lo dibujaría.

Tabit examinó la pared y asintió para sí mismo. Parecía bastante satisfecho con la elección de Yunek. No obstante, aún limpió bien un trecho del muro e incluso lo frotó con lija para alisarlo un poco más.

–No se pueden eliminar las protuberancias de la piedra –di-

jo-, pero tendrá que servir. De todas formas, si resultara ser demasiado irregular, siempre puedo pintar sobre una plancha y después colgarlo en la pared.

-Como prefieras -respondió Yunek, pero Tabit no lo escuchaba. Parecía más bien estar hablando consigo mismo, completamente concentrado en lo que estaba haciendo.

-Porque, por supuesto -añadió-, lo más práctico sería hacer un diseño sencillo. Aunque no sé si eso me contará negativamente en la nota final. Pero, en fin, ya llegaremos a eso.

Marcó con tiza un punto en la pared y alzó su enorme compás de madera. Yunek y Yania observaron cómo colocaba el extremo más afilado en el lugar que había señalado. Pero Tabit se detuvo para mirar a Yunek antes de abrir el instrumento.

-¿De qué tamaño lo quieres? -le preguntó.

Él se encogió de hombros, sin saber qué responder.

-¿Qué diferencia hay?

-Normalmente, y a no ser que el cliente especifique lo contrario, trabajamos con el tamaño medio; de hecho, es lo que consta en tu pedido. Pero, si lo hago más pequeño, te saldrá más barato.

-Pero ¿funcionará igual?

-Claro. El único inconveniente es que Yania tendrá que agacharse un poco para pasar.

-No hay problema -aseguró ella-. Ni siquiera soy muy alta para mi edad.

-Entonces, ¿por qué es más caro un portal más grande? -quiso saber Yunek.

-En teoría es porque un pintor invierte más horas de trabajo en un portal grande que en uno pequeño... Pero eso no es exactamente así. Un portal pequeño con un diseño complejo puede llevar más tiempo que uno grande de diseño sencillo. La realidad es que un portal grande cuesta más dinero porque, por lo general, se gasta más pintura en él. Y la pintura de bodarita no resulta barata.

-Entiendo -asintió Yunek-. Gracias por avisar. Entonces hazlo más pequeño, por favor.

Tabit ajustó la posición del compás y trazó un círculo en la pared.

-No es rojo -observó Yania-. Yo creía que todos los portales eran rojos.

–De momento solo estoy marcando la posición con tiza –explicó Tabit–. Hoy no voy a pintar el portal definitivo. De hecho, ni siquiera he traído pintura.

–¿Ah, no?

–No; hoy registraré las coordenadas exactas y tomaré nota de la dirección donde he de dibujar el portal gemelo.

–¿El portal gemelo? –repitió Yunek sin entender.

–El que estará situado en Maradia. ¿Has pensado ya dónde quieres que lo dibuje? ¿En casa de algún familiar, tal vez?

Yunek y Yania cruzaron una mirada de apuro.

–No conocemos a nadie en Maradia –admitió el hermano mayor.

–No pasa nada –lo tranquilizó Tabit–. Todas las ciudades grandes tienen una Plaza de los Portales, donde están situados todos los que son de uso público, y también muchos privados. Solicitaré un espacio en el Muro de los Portales de Maradia para dibujar el vuestro allí. El único inconveniente será que, al estar situado en plena calle, quizá os convendría contratar un guardián que se asegure de que no lo utiliza nadie que no deba.

–Entiendo. Pero ¿podremos permitirnos pagar a un guardián?

–Los honorarios de los guardianes corren a cargo de la Academia. Aun así, tendríais que pagar una tarifa especial todos los años... pero tampoco es obligatorio contar con un guardián: todos los portales privados tienen contraseña.

Yunek seguía sus explicaciones con expresión reconcentrada.

–De acuerdo –dijo–. Entonces, nuestro portal estará dibujado aquí y en la Plaza de los Portales de Maradia, de modo que, cuando lo cruce Yania, aparecerá allí. Es así, ¿no?

–Así es –confirmó Tabit–. Por eso debo medir las coordenadas de este lugar y también las del punto exacto en el que dibujaré el portal gemelo, en Maradia. Después volveré a la Academia y diseñaré un portal para vosotros. Y, cuando lo tenga listo, plasmaré ese diseño, el mismo, en los dos sitios, con pintura de bodarita.

–¿Y entonces funcionará? –preguntó Yunek.

–Si he anotado bien las coordenadas y dibujado el portal con exactitud, sí, funcionará. Pero solo cuando ambos portales estén acabados. Si pintase el portal solamente aquí y no lo reprodujese en Maradia, no serviría para nada.

–Porque, cuando sales de un sitio, tienes que llegar a otro, ¿verdad? –dedujo Yania.

–Exacto.

–Ya te dije que es muy lista –sonrió Yunek.

–No tanto –negó la niña, ruborizada–. Ni siquiera sé lo que son las «cordadas».

–Coordenadas –corrigió Tabit–. Enseguida lo verás.

Entonces extrajo de su zurrón el aparato más extraño que Yunek y Yania habían visto en su vida. Tenía una docena de ruedas, todas concéntricas, dispuestas en torno a una esfera central; su contorno estaba dividido en un centenar de muescas, cada una de ellas marcada con un minúsculo símbolo; su centro lo ocupaba una aguja que giraba enloquecida, como si no supiera cuál señalar.

–Es un medidor de coordenadas –explicó Tabit–. También se le llama «medidor Vanhar» en honor al maese que lo inventó, en los inicios de la ciencia de los portales.

Lo fijó a la pared, sobre el punto que había marcado como el centro del futuro portal, y giró las ruedas exteriores hasta ajustar la más grande en una posición concreta. Luego, sacó de su zurrón un gastado cuaderno de tapas de cuero y esperó, expectante.

La aguja giró sobre sí misma unos instantes hasta que, finalmente, se detuvo en uno de los símbolos. Tabit asintió para sí y tomó nota. Luego giró la siguiente rueda, y esperó de nuevo a que la aguja se detuviera. Anotó el resultado y repitió la operación con la tercera rueda.

–Sigo sin entender lo que estás haciendo –dijo Yania.

–Estoy midiendo este lugar –respondió Tabit sin apartar la mirada de la aguja–. Veréis, cada punto concreto del mundo tiene unas características determinadas. Ninguno es igual que otro. Hay una serie de variantes que cambian en cada caso: la luz, la vegetación, el agua... Antes de abrir un portal, los pintores calculamos el valor exacto de cada variable en el lugar que hemos elegido.

Yunek frunció el ceño, pero no quiso admitir que no lo había comprendido.

–Tierra, Agua, Viento, Fuego, Luz, Sombra, Vida, Muerte, Piedra, Metal y Madera –enumeró Tabit–. Esas son las once variables. El medidor determina la cantidad de cada una de ellas que hay en este lugar.

Siguió girando ruedas y tomando nota de los resultados. Yunek y Yania lo observaban en un silencio solo perturbado por el ruido de cacharros que provenía de los fogones, donde Bekia estaba preparando la cena.

—Tal y como sospechaba —dijo Tabit cuando terminó—, hay una puntuación muy alta en Piedra, Sombra, Tierra y Madera, y también en Vida. El valor del Fuego y de la Muerte tampoco es desdeñable; me imagino que será por la influencia de la chimenea, y porque se trata de una casa bastante antigua. Naturalmente, el índice de Viento o de Luz es muy bajo, porque no estamos al aire libre. Algo de Agua, algo de Metal... pero nada fuera de lo común.

—Pero ¿para qué sirve todo esto? —preguntó Yunek, perdiendo la paciencia.

—Como os he dicho antes, la lista de variables me permite trazar el mapa de coordenadas. Cuando dibuje el portal, pintaré en el círculo exterior las coordenadas exactas de este lugar y del lugar a donde conduce. Y lo mismo haré con el portal gemelo. De este modo nos aseguraremos de que ambos portales os llevarán, en ambos sentidos, al lugar adecuado, y no a ningún otro.

—Pero... ¿qué pasará si algo de esa lista cambia? —preguntó Yania—. Por ejemplo, imagina que abrimos una ventana en esta pared. Entonces entraría más luz, ¿no?

Tabit le sonrió aprobadoramente.

—Veo que lo vas entendiendo. Efectivamente, eso cambiaría al menos una de las variables. Pero no afectaría al funcionamiento del portal, porque, una vez dibujado, estará anclado a este lugar en espacio y en tiempo, es decir: los dos portales quedarán ya vinculados de forma definitiva entre sí, y también a las coordenadas registradas en el momento en el que fueron creados. De todas formas, cuando vuelva para pintar el portal tomaré medidas otra vez, por si hubiera cambiado alguna variable. La luz, por ejemplo, depende mucho del momento del día en el que se hace la medición, y por eso debe coincidir también con el instante en el que se termina de pintar el portal. Pero, dejando aparte detalles como ese, supongo que no hace falta que os diga que, hasta entonces, será mejor que no hagáis muchos cambios por aquí.

Yunek suspiró.

—Parece muy complicado —dijo—. Yo creía que lo de pintar portales era algo más...

—... ¿Mágico? ¿Místico? —Tabit sacudió la cabeza—. Es cierto que las propiedades de la bodarita aún no están suficientemente estudiadas, pero esto es una ciencia, y bastante exacta, por cierto. Si no calculamos bien las coordenadas, o si el portal no está correctamente dibujado, podría conducir al lugar equivocado o, directamente, no funcionar en absoluto.

Yania apenas escuchaba. Estaba observando con curiosidad el medidor Vanhar, que Tabit había dejado encima de la mesa.

—Se te ha olvidado usar la última rueda —observó entonces—. Tiene doce, y solo has girado las once primeras.

Tabit recuperó el medidor y lo observó con disgusto.

—Es porque se trata de un cacharro muy viejo —dijo—. Antiguamente, los medidores tenían doce ruedas, pero la última variable no sirve para nada en realidad. Alguien descubrió que podías anotar cualquier cosa, incluso no incluir la duodécima coordenada, sin que ello influyera en el correcto funcionamiento del portal.

—Entonces, ¿por qué hay doce ruedas? —preguntó Yunek, confuso.

—Porque el doce es un bonito número —respondió Tabit—. Doce han sido siempre los miembros del Consejo de la Academia, como los doce maeses que la fundaron hace siglos. El doce es un número cósmico, tiene un simbolismo especial. Así que Vanhar decidió que había que inscribir doce coordenadas en cada portal.

»Los medidores modernos ya solo llevan once ruedas. Por cuestiones prácticas, claro. Pero resulta que yo aún no tengo un medidor propio, así que he tenido que pedir uno prestado en el almacén. Y me han dado este —suspiró—. No importa, en realidad, mientras funcione.

Volvió a repasar sus notas, cerró el cuaderno y lo guardó cuidadosamente en su zurrón. Después replegó el compás y lo dejó apoyado en un rincón, cerca del círculo de tiza que había dibujado en la pared.

—Mañana tomaré medidas otra vez —dijo—. Quiero asegurarme de que no he pasado nada por alto.

Yunek sonrió.



A la mañana siguiente, la familia acudió a despedir a Tabit hasta la valla de entrada. El joven parecía contento, aunque de vez en cuando se rascaba un brazo o una pierna sin poder evitarlo. Estaba claro que las pulgas, chinches y otros molestos habitantes de su jergón se habían cebado con él aquella noche. Yunek se sintió un poco culpable, pese a que, apenas unos días antes, la idea de someter a uno de los pomposos maradienses a los rigores de la vida en el campo le habría parecido muy seductora. Pero Tabit no se ajustaba al concepto que Yunek tenía de la gente de la capital, y mucho menos de los pintores de portales. La noche anterior había cenado con apetito, pero sin exigir más ración de la que le correspondía. Había alabado las virtudes de la cocinera y saciado la insondable curiosidad de Yania, contestando a todas y cada una de sus preguntas. Después había caído como un leño sobre su jergón, sin duda agotado por la caminata. Pero se había levantado puntualmente antes del alba, como el resto de la familia y, tras desayunar las humildes gachas preparadas por Bekia, había vuelto a medir las coordenadas de la pared, tal y como había dicho que haría la noche anterior.

Ahora cargaba con sus bártulos, sonriente a pesar de sus picos y sus ojeras, testimonio de que no había dormido bien.

–Regresaré en cuanto lo tenga todo listo –les prometió–. Tal vez en una semana o dos. Pero, si tardo un poco más de lo esperado, por favor, no os preocupéis. Es que quiero hacerlo bien, y dedicar al diseño de vuestro portal el tiempo que sea necesario.

–Claro –asintió Yunek. Hizo una pausa y añadió–: Muchas gracias por todo.

Tabit se encogió de hombros, quitándole importancia al asunto.

–Es mi trabajo –dijo.

–Pero hay muchas maneras de hacer un trabajo –insistió Yunek–. En serio, muchas gracias.

–Gracias a vosotros por vuestra hospitalidad –respondió Tabit; y, a pesar de que justo en ese momento se estaba rascando un codo con disimulo, todos leyeron en su mirada que lo decía de verdad, sin ironías encubiertas.

Cuando la figura de Tabit no era ya más que una mancha rojiza en el horizonte, Yania suspiró y dijo:

–Qué pena que se marche tan pronto. Ya tengo ganas de que vuelva.

–Yo también –admitió Yunek.

Pero el sol se alzaba ya en el horizonte y había mucho trabajo por hacer, de modo que los tres regresaron a sus tareas sin volver a mencionar el asunto. Sin embargo, en sus corazones latía una nueva esperanza, porque la posibilidad de que su casa albergara uno de aquellos mágicos portales de viaje era, de pronto, muy real.

Y aquello cambiaría sus vidas para siempre.



Tabit tenía muy en mente el itinerario que debía seguir para regresar a la Academia. Los portales tejían una amplia red de transporte que permitía trasladarse a casi cualquier parte en casi cualquier momento. Pero Yunek y su familia vivían, en efecto, demasiado lejos de todo.

En el momento de recibir el encargo, Tabit había corrido a la Sala de Cartografía para planificar el trayecto. Como miembro de la Academia, podía utilizar cualquier portal, fuese público o privado; era su prerrogativa y su privilegio. Por tal motivo le había sorprendido mucho descubrir que, para llegar a su destino, tendría que pasarse al menos medio día caminando.

Había trazado diversas rutas alternativas. Su primera opción había sido utilizar el portal que comunicaba directamente la Academia con las minas de Uskia, que quedaban al sur de su destino final. Pero el trecho que habría tenido que recorrer a pie desde las minas hasta la casa de Yunek habría sido muy largo, y también peligroso: todo el mundo sabía que en torno a las minas acechaban cuadrillas de bandidos a la caza de fragmentos de la preciada bodarita.

Por supuesto, Tabit había buscado portales en la ciudad capital de Uskia. Sabía que, por una serie de motivos políticos, no existía ningún portal público que la uniese con ninguna de las otras urbes importantes de Darusia. Pero sí había allí un par de portales privados conectados con Maradia. Sin embargo, Tabit no tardó en comprobar sobre el mapa que, incluso viajando directamente a la ciudad de Uskia, aún tardaría varios días en llegar a pie desde allí hasta la casa de Yunek.

Tras mucho buscar, Tabit había localizado un portal privado cerca de una aldea que no quedaba tan lejos de la granja, a solo varias horas, andando a paso ligero.

Como casi todos los pintores de portales, Tabit no solía caminar a menudo. De hecho, aún sentía los pies doloridos por el largo trayecto del día anterior, y se veía obligado a avanzar con exasperante lentitud. Le habría gustado poder regresar a casa de forma instantánea, porque ardía en deseos de ponerse a trabajar. Su mente ya trazaba posibles diseños para el portal de Yunek, y no veía la hora de empezar a plasmarlos en papel.

El camino lo llevó por varias aldeas minúsculas, hasta que tuvo la suerte de que lo recogiera un carromato cargado de heno. El conductor, un viejo campesino de rostro moreno y arrugado, casi se arrojó a sus pies para suplicarle que le permitiera llevarlo. Tabit aceptó, incómodo ante aquellas exageradas atenciones. Procedía de un ambiente rígidamente estratificado en el que él, como estudiante, debía respeto y deferencia no solo a sus profesores, sino a cualquier pintor de portales acreditado, así que no estaba acostumbrado a que lo trataran con tanto acatamiento. En Maradia, donde los ciudadanos estaban habituados a ver pintores de portales por doquier, su presencia no los impresionaba y, además, sabían distinguir perfectamente entre un maese y un simple estudiante; pero estaba claro que allí, en los confines del país, cualquier hábito de color granate inspiraba una enorme devoción, independientemente de la edad de quien lo vestía.

Así, a pesar de las protestas de Tabit, el campesino se obstinó en llevarlo hasta su destino, aunque para ello tuvo que desviarse de su ruta. Cuando el carro se detuvo ante la verja del camino que conducía al palacete del terrateniente Darmod, Tabit insistió en pagarle algo a cambio del viaje, pero el anciano se mostró muy ofendido ante aquella idea.

—No, no, ni hablar de eso —protestó—. No llegará el día que pueda decirse que el viejo Perim fue grosero con un maese.

—¿Grosero? —repitió Tabit, boquiabierto—. Pero...

—No se hable más. Que tengáis buen día, maese. Y tened mucho cuidado con ese viejo zorro. Aún le queda algún que otro diente.

Tabit suspiró. Había conocido a Darmod en el viaje de ida. Como era de esperar, al terrateniente no le había hecho una ilusión especial que alguien de la Academia usara el portal de su casa. Pero debía dejarle pasar, a él y a todos los maeses que lo solicitaran. Era parte del contrato, de la misma forma que Yunek debería permitir la entrada a su casa a todos los pintores que

quisieran usar su portal. «Olvidé comentarles eso», pensó Tabit con cierto remordimiento mientras abría la verja. «Pero, de todas formas, no creo que haya muchos maeses interesados en viajar hasta tan lejos.»

Enfiló por el camino que conducía al palacete. La cancela se había abierto sin problemas porque el candado se había oxidado tiempo atrás y nadie se había molestado en repararlo. Toda la propiedad del terrateniente Darmod presentaba un cierto barniz de decadencia y abandono, pero Tabit sabía que su dueño aún vivía allí, recordando tiempos mejores, tiempos en los que su familia había formado parte de la élite que gobernaba los destinos del país.

Tabit lo había estudiado en las clases de Historia de maese Torath. Siglos atrás, había habido reyes y nobles en Darusia, pero la ciencia de los portales lo había cambiado todo. Gracias a ella, de pronto no existían distancias. Los primeros portales se abrieron en las grandes ciudades, y los mercaderes y nobles más avispados se habían aprovechado del «nuevo invento» para ir y venir al instante, de modo que toda la extensión de tierra que había en medio ya no valía gran cosa. La corte de Maradia se llenó de nuevos ricos y nobles menores que compensaban su escaso patrimonio o su falta de abolengo con la apertura de un portal en el salón de su casa que los conducía a la capital en un abrir y cerrar de ojos. Como era de esperar, los servicios de los pintores de portales se volvieron muy solicitados. Llegó un momento en que la influencia de la Academia superaba a la del propio rey, y aquello supuso el principio del fin del sistema monárquico.

En la actualidad, cada una de las diez ciudades capitales de Darusia estaba gobernada por un Consejo formado por comerciantes, dirigentes gremiales, maeses y ciudadanos notables. Las poblaciones pequeñas, incluyendo las aldeas, reproducían el mismo sistema de gobierno, aunque a menor escala. Los nobles ya no existían como tales; se los había despojado de sus títulos, y solo algunos de ellos habían logrado conservar parte de su hacienda: eran los denominados «terratenientes», y su poder e influencia estaban lejos de ser los de antaño. Aún quedaban, naturalmente, familias cuya posición social era admirada y envidiada por todos; pero la mayor parte debía esa situación al hecho de controlar uno o varios portales privados.

La familia del terrateniente Darmod había poseído vastas

propiedades en la región de Uskia, muy cerca del reino de Rutvia, tradicional enemigo de Darusia. Debido a ello, sus antepasados habían obtenido importantes distinciones militares en las guerras fronterizas y se enorgullecían de su vetusto linaje, considerándose representantes de la verdadera aristocracia darusiana, en oposición a los amanerados «nobles de corte», que no habían esgrimido una espada de verdad en su vida. Por tal motivo, cuando llegó lo que muchos nobles llamaron despectivamente «la moda de los portales», los antepasados del terrateniente Darmod no supieron reaccionar a tiempo. Se encerraron obstinadamente en sus torres y castillos, y aún se empeñaban en viajar a caballo o en carruaje hasta la corte cuando el rey los requería, mientras otros aristócratas se presentaban allí al instante. Con el tiempo, resultó que todos los acontecimientos importantes tenían lugar en las ciudades, mientras que las provincias quedaban olvidadas. Además, después de la fulminante victoria de Darusia en la última guerra contra Rutvia, que había durado apenas once días –lo que tardó un maese infiltrado en dibujar un portal básico en el mismo corazón de la capital enemiga–, el papel de los nobles de la frontera había perdido importancia. Rutvia no osaría volver a enfrentarse a Darusia. No mientras existiese la Academia de los Portales.

El abuelo del terrateniente Darmod había tratado de recuperar algo de la influencia perdida. Había vendido buena parte de sus propiedades para financiarse un portal, pero ya era demasiado tarde. Para entonces, la estructura del poder había cambiado por completo, y el linaje al que Darmod pertenecía ya no tenía la menor importancia.

Aún hoy, el terrateniente seguía sin entender cuál era su papel en una sociedad a la que le estaba costando tanto adaptarse. A pesar del portal, seguía estando al margen de la vida pública. Pero a Tabit le había resultado muy útil para llegar hasta su destino sin tener que dar un rodeo por la capital uskiana.

Fue el propio Darmod quien salió a recibirlo a la entrada del palacete. El mayordomo que aún servía en la casa era tan viejo que la mayor parte de las veces no llegaba a abrir la puerta a tiempo.

–Oh, sois vos –masculló el terrateniente, aburrido–. Llegáis temprano, maese.

Parecía claro que se había levantado hacía no mucho, a pe-

sar de que ya era casi mediodía. Tabit se abstuvo de hacer comentarios.

—He tenido suerte y me han traído en carro —contestó.

Darmod se rascó detrás de una oreja y refunfuñó una bienvenida que apenas podría considerarse cortés. Después, guió a Tabit a través de los pasillos del palacete, que eran húmedos y desangelados, y estaban llenos de polvo y telarañas, como si nadie se hubiera preocupado en mantener al menos la impresión de que estaba habitado.

—¿Hace mucho que no vais a Serena? —preguntó Tabit, por entablar algún tipo de conversación.

—¿Para qué? —gruñó el terrateniente.

Tabit no respondió. Para colmo de males, el portal de Darmod no conducía a la capital de Darusia, sino a la gran ciudad portuaria de donde procedía casi todo el pescado y marisco que se consumía en el continente. En su momento, el abuelo de Darmod pensó que sería buena idea que su portal enlazara su residencia habitual con la casa que poseía junto al mar, en Serena. Pero, a la larga, aquella decisión no había resultado práctica. Con el paso de los años, el Gremio de Pescadores y Pescadores de la ciudad había acrecentado enormemente su influencia, y las familias pudientes dejaron de sentirse cómodas allí. Unas y otras habían vendido sus propiedades al Gremio, adquiriendo casas en poblaciones costeras más pequeñas y tranquilas, preferentemente en la región de Esmira, de gran riqueza y clima más cálido. Pero Darmod se había visto obligado a conservar su casa en Serena precisamente porque albergaba un portal, y no era recomendable vender aquella vía de entrada al corazón de su hogar, por más que, como casi todos, estuviese protegida por una contraseña.

Naturalmente, en Serena había un portal público que llevaba hasta Maradia, y desde ahí también se podía viajar en un instante a otras grandes ciudades como Rodia, Kasiba o Esmira. Pero era una cuestión de orgullo de clase: la gente que se creía alguien, ya fuera por su linaje o por su dinero, o por ambas cosas, no se rebajaba jamás a utilizar los portales públicos, para no verse obligada a alternar con la plebe que aguardaba su turno para cruzar.

Así que, en definitiva, el terrateniente tenía razón: no se le había perdido nada en Serena.

Condujo a Tabit hasta el saloncito donde estaba el portal. El día anterior, al atravesarlo, el estudiante se había encontrado con una estancia fría y oscura, pero en esta ocasión el terrateniente se había molestado al menos en encender el fuego. Los trazos rojizos del portal destacaban a la luz de las llamas, y Tabit admiró la belleza de su factura. Por el estilo de las filigranas y el motivo central elegido, el joven era capaz de deducir en qué época había sido pintando. También, que no había resultado precisamente barato. Pero se había abstenido de comentárselo a Darmod entonces, y tampoco lo hizo ahora.

–Os agradezco que me permitáis utilizar vuestro portal, terrateniente –le dijo.

Darmod se encogió de hombros.

–¿Tenía otra opción, acaso? –replicó.

Tabit pasó por alto la pulla. Él no era responsable de los acuerdos entre la Academia y los propietarios de los portales. Las normas estaban ahí desde hacía siglos, desde mucho antes de que el abuelo del terrateniente encargara el diseño de su portal.

–Aun así, os doy las gracias –repitió. Hizo una pausa antes de añadir–: Tendré que volver por aquí dentro de un tiempo. Dos o tres semanas, a lo sumo.

–Como gustéis –respondió con desgana el dueño del portal, como si aquello no fuera con él–. Que tengáis buen viaje de regreso, maese.

Tabit ya le había explicado el día anterior que no era un maese, al menos no todavía, pero para el terrateniente no parecía haber mucha diferencia entre unos y otros. Al fin y al cabo, todos ellos, maeses y estudiantes, tenían derecho a utilizar su portal cuando les viniera en gana.

Darmod se marchó y lo dejó a solas con el portal. Tabit lo examinó con detenimiento. En la parte superior, justo sobre el círculo exterior de coordenadas, estaba pintada la contraseña que lo pondría en funcionamiento. Ni Darmod ni ningún otro de su estirpe sabía leer aquellas palabras, escritas en uno de los dos lenguajes secretos de los pintores: el alfabético. Decían: «Fuerza, honor y gloria». Era el lema de la familia de Darmod; Tabit lo sabía porque también estaba grabado, en darusiano, en el escudo de armas que presidía la entrada del palacete. Naturalmente, era una contraseña muy fácil de adivinar; pero, para que se abriera el portal, había que plasmarla en la tabla con polvo de

bodarita y en el lenguaje simbólico de los pintores de portales, el segundo de sus idiomas secretos. A los propietarios de portales privados se les enseñaba a trazar el símbolo que abría su portal en concreto, y solamente ese, y se les entregaba un poco de polvo de bodarita para que pudieran usarlo. Tabit sabía que, cuando se les acababa, tenían que comprar más a los pintores, y había traído un saquillo por si el terrateniente se lo pedía; pero era evidente que no tenía intención de utilizar su portal, por el momento.

«Qué pena, qué desperdicio», se dijo el joven, untando su dedo índice en polvo de bodarita. Tradujo sin problemas la contraseña al lenguaje simbólico y trazó el signo correspondiente en la tabla fijada a la pared, junto al portal. Inmediatamente, las líneas rojizas se iluminaron. Tabit dio un paso atrás y contempló, extasiado, cómo la luz circulaba por las delicadas filigranas, haciéndose gradualmente más intensa, hasta que ya no pudo mirarla de frente. Entonces los trazos del portal se difuminaron y desaparecieron, y solo quedó un círculo luminoso en la pared. Tabit sonrió y lo atravesó.

Sintió, como otras veces, una especie de retortijón en el estómago. Pero estaba acostumbrado a él y, de todas formas, desapareció tan repentinamente como se había presentado en cuanto el joven puso un pie fuera del portal.

Al otro lado lo esperaba una mujer que temblaba de miedo en un rincón. Tabit la conocía del día anterior: era el ama de llaves que cuidaba la casa de Darmod en Serena.

La mujer se relajó al reconocerlo.

—Ah, sois vos, maese —dijo—. No os esperaba tan pronto.

—Me he adelantado un poco —respondió Tabit, dándose la vuelta para comprobar que el portal se apagaba suavemente detrás de él—. De todas formas, ¿quién más podría haber sido?

—No lo sé, maese —rezongó la mujer—. Podría ser el señor Darmod o cualquier otra persona. Con estas cosas, quién sabe. Se encienden de repente cuando menos te lo esperas y nunca se sabe quién va a aparecer desde el otro lado. —Se estremeció—. No es natural, no, señor.

Tabit sonrió, divertido.

—Es más rápido y sencillo que recorrer todo el camino a pie.

—Pero las personas nacemos con piernas —insistió la mujer, tozuda—. Y son para usarlas, ¿sabéis?

Tabit no quiso discutir con ella. Le dijo, al igual que al terrateniente, que tenía intención de volver a cruzar el portal en un par de semanas. Aceptó, agradecido, la comida que le ofreció, y le dejó una propina que ella no rechazó. Después, salió a la calle.

Lo recibió una vaharada de aire marino. Se encontraba en Serena, muy lejos del lugar donde el terrateniente Darmod languidecía en su palacete. Se trataba de una activa ciudad portuaria cuya lonja de pescado era famosa en todo el continente. La vista del puerto, un colorido mosaico de embarcaciones que navegaban por la bahía, era otro de los atractivos del lugar.

Pero en la mente de Tabit apenas quedaba lugar para otra cosa que no fueran los portales. De modo que se dirigió a la sede que la Academia tenía en Serena para visitar su biblioteca; llevaba tiempo queriendo hacerlo, pues era el único lugar donde conservaban una copia del estudio de maesa Arila sobre el lenguaje simbólico que le interesaba consultar para un trabajo de clase.

Cuando terminó, se dio cuenta con sorpresa de que ya se había hecho de noche. Los portales que conducían a la Academia tenían un horario bastante estricto, para evitar que los estudiantes salieran y entraran sin control, por lo que ya no podría utilizar el que se encontraba en aquel mismo edificio. Consultó, por tanto, el mapa de portales de Serena que llevaba en el zurrón, y se encaminó hacia el más cercano: el del Gremio de Pescadores y Pescaderos.

En realidad, la mayor parte de la gente utilizaba el portal público que unía Maradia y Serena, y que se ubicaba en la Plaza de los Portales de la ciudad, pintado sobre un muro de piedra que no sostenía ningún techo. Era uno de los más antiguos que se conocían, y no tenía contraseña: estaba siempre activo para cualquiera que quisiera atravesarlo. Junto a él se encontraba el portal que enlazaba Serena con Esmira, la gran capital de los comerciantes de Darusia. También existía una tercera pareja de portales que conectaba Esmira con Maradia. Estas rutas aparecían en los mapas de portales señaladas como el Gran Triángulo, y habían sido un regalo de la Academia a los habitantes del país. Un regalo que había cambiado para siempre las vidas de mucha gente.

Los pescadores de Serena habían utilizado los portales públicos durante muchos años. Así, tanto Esmira como Maradia, pero sobre todo Maradia, que no tenía puerto de mar, habían conocido otro de los beneficios de la tecnología de los portales:

el pescado fresco. Pero los cargamentos de pescado provocaban muchas molestias a los usuarios del portal de Serena, así como unas colas interminables, de modo que el Gremio de Pescadores y Pescaderos había optado por encargar su propio portal. Este unía la lonja de Serena con la Plaza de los Portales de Maradia, que estaba situada muy cerca del mercado; Tabit sabía, además, que el gremio estaba estudiando la posibilidad de abrir otro que enlazara con alguna otra capital que no tuviese salida al mar, como Rodia, Vanicia o tal vez Ymenia.

Al ser un portal privado, solo para uso del Gremio, tenía su propia contraseña; pero enseñar el símbolo de apertura a todos los pescadores y pescaderos que usaban el portal equivaldría a que este no fuera privado en absoluto, por lo que el Gremio había contratado también los servicios de dos guardianes que se turnaban para vigilar el portal de forma permanente.

Tabit llegó, jadeando, hasta la lonja, que estaba ya desierta. Localizó el portal en la pared del fondo, y también la figura que dormitaba junto a él, sentada en una silla. Se detuvo ante ella.

Los guardianes eran la casta inferior de los pintores de portales. Muchos de ellos eran personas que, por las razones que fueran, no habían finalizado sus estudios en la Academia, pero conocían lo suficiente de los dos lenguajes secretos como para poder abrir algún que otro portal por su cuenta. Por este motivo, a la Academia le convenía mantenerlos bajo sus alas. Por un buen sueldo, los guardianes vigilaban algunos portales privados, los abrían y cerraban cuando era necesario y se aseguraban de que solo los utilizaban las personas autorizadas.

Tabit era perfectamente capaz de abrir el portal sin ayuda del guardián, pero le parecía una desconsideración ignorar su presencia. Lo contempló un momento a la luz del pequeño farol que reposaba a sus pies. El guardián era más viejo de lo que había supuesto, y estaba incómodamente acurrucado sobre una silla de madera que parecía casi tan vetusta como él. El joven pensó que quizá sería mejor dejarlo dormir; pero, cuando ya buscaba su saquillo de polvo de bodarita, el guardián resopló y se despertó con brusquedad. Su sobresalto al ver de pronto al estudiante casi lo hizo caerse de la silla.

—¿Quién... qué...? —farfulló.

—Buenas noches, guardián —saludó Tabit con cortesía—. Querría cruzar al otro lado, si no es molestia.

–El portal está cerrado, joven –replicó el guardián, levantándose con dificultad–. ¡Oh... disculpad, maese! –exclamó de pronto al ver el hábito de Tabit–. Lo abriré para vos, naturalmente.

Tabit no lo contradijo. Estuvo tentado de decirle que no lo necesitaba, pero había algo en el viejo guardián, una dignidad callada, que lo indujo a dejar que hiciera su trabajo sin entrometerse.

El guardián del portal del Gremio de Pescadores y Pescaderos de Serena se alzó ante el muro, tosió un par de veces y entonó con voz solemne:

–*Italna keredi ne!*

Tabit luchó por contener la risa. No era culpa del guardián, pobre hombre. Había recitado con total exactitud las palabras que había escritas sobre el portal, aunque probablemente no sabía qué significaban. Mientras, con dedos temblorosos, el anciano escribía el símbolo equivalente en la tabla de la contraseña, Tabit reflexionó sobre la maldad humana. El maese que había pintando aquel portal había elegido la siguiente contraseña: «Aquí apesta a pescado». Naturalmente, ni el guardián ni los pescadores del Gremio conocían el significado de aquellas palabras que sonaban tan bien en el idioma secreto de los pintores. No habría tenido tanta importancia de no ser porque el guardián parecía convencido de que era necesario declamarlas en voz bien alta para que el portal se abriera. Con todo, lo más llamativo del caso era que debían de haber pasado otros maeses por allí a lo largo de los años, y probablemente todos ellos lo habían oído exclamar, con total seriedad, que allí apestaba a pescado, cada vez que abría el portal. Y nadie se lo había dicho.

El símbolo estaba bien trazado, por lo que el portal no tardó en iluminarse. Tabit suspiró, satisfecho: por fin regresaba a casa.

Antes de atravesar el portal, sin embargo, se detuvo junto al anciano.

–Gracias, guardián. –Dudó un momento antes de añadir–: Ah, y... no hace falta que repitéis la contraseña en voz alta.

El hombre lo miró con cierta desconfianza.

–¿Qué decís, maese? Sé cómo he de hacer mi trabajo. Llevo guardando este portal desde que era un jovenzuelo imberbe. Y de eso hace ya casi medio siglo.

–Y lo hacéis muy bien –asintió Tabit, conciliador–. Después de todo, el portal se abre, ¿no? Pero probad lo que os digo: ma-

ñana, cuando lo abráis para los pescadores, no recitéis la contraseña en voz alta: hacedlo para vuestros adentros, y veréis que funcionará de todas formas.

El guardián parpadeó, un tanto confuso.

—¿Estáis seguro?

—Completamente. Podéis seguir haciéndolo como hasta ahora, por supuesto, pero de esta manera que os digo no correremos el riesgo de que alguien oiga la contraseña y la utilice para sus propios fines.

—Eso es cierto —admitió el guardián—. Siempre pensé que, para tratarse de una contraseña secreta, no parecía muy sensato repetirla en alto tantas veces.

—¿Lo veis? Es porque lo que de verdad cuenta es el símbolo que dibujáis sobre la tabla.

—Ah, pues... nadie me había informado de esto.

Tabit sacudió la cabeza con disgusto.

—Hay maeses poco prudentes —dijo, ocultando su sonrisa tras una oportuna tosecilla—. Demasiado poco prudentes, añadiría; pero yo no soy quién para hablar mal de mis superiores.

—No, no, por supuesto que no. Oíd... —añadió el anciano, bajando la voz—: ¿es cierto lo que cuentan del Invisible?

Tabit iba a responder que todas aquellas historias sobre el Invisible no eran más que cuentos de viejas, pero lo pensó mejor:

—Quién sabe —dijo misteriosamente—. Pero será mejor que guardemos bien los secretos del portal. Por si acaso.

El guardián asintió enérgicamente.

El portal llevaba demasiado tiempo abierto, y Tabit se apresuró a despedirse del anciano y a cruzar al otro lado antes de que se cerrara.

Salió a la Plaza de los Portales de Maradia, ahora silenciosa y vacía. A su espalda, pintado sobre el Muro de los Portales, se hallaba el que acababa de atravesar, y que aún relumbraba suavemente. Junto a él, perfectamente alineados, estaban el resto de los portales que desembocaban allí. Algunos, los menos, eran públicos; la mayoría eran privados, financiados por comerciantes o por el Consejo de algún pueblo lejano, cuyos agricultores, artesanos o ganaderos se habían unido para pagar el portal que les permitiría vender sus productos en la capital.

Tabit los conocía casi todos. Había sacado buena nota en Cartografía de Portales. Pero, incluso aunque no se los hubiera

aprendido de memoria, la Academia disponía de mapas e información detallada sobre todos y cada uno de los portales que los maeses habían dibujado a lo largo de toda su historia. Y él podía consultarlos cuando quisiera.

Saludó a los guardianes de los portales privados, que conversaban animadamente alrededor de un fuego, no lejos del muro, y se encaminó hacia la Academia. Podría haber llegado saltando de portal en portal, pero habría tenido que importunar a los propietarios de algunos de ellos para que le permitieran entrar en sus casas, y era ya muy tarde. De modo que fue caminando por las oscuras calles de Maradia hasta que, al doblar una esquina, vio que la sede central de la Academia de los Portales se alzaba ante él. En la oscuridad de la noche parecía una enorme mole de planta circular, fría, silenciosa y amenazadora; sin embargo, Tabit sonrió al verla. Llevaba solo cinco años viviendo allí, pero ya la consideraba su hogar, más incluso que la casa en la que había crecido.

El portero lo conocía, y lo dejó entrar nada más verlo, pese a que él no pasaba por allí a menudo. Había otros estudiantes que siempre estaban pidiendo permisos, que salían por las noches a recorrer tabernas o burdeles o que pasaban días enteros fuera de la ciudad visitando a sus familias, pero Tabit no era como ellos: su vida eran los portales, y así había sido desde la primera vez que había atravesado uno de ellos, cuando tenía apenas ocho años.

Cruzó el gran patio delantero de la Academia, encerrado tras sus muros, donde se ordenaban la mayor parte de los portales que llevaban hasta el edificio. De día, el patio de portales, como se lo conocía popularmente, era un hervidero de gente, de estudiantes y maeses que entraban y salían. Había pocos portales que fueran para uso exclusivo de los pintores, pero allí conducían la mayor parte de ellos: al corazón de la Academia.

Ahora, sin embargo, el patio estaba desierto. También los pasillos, como pudo comprobar Tabit al entrar en el edificio. No era de extrañar, pensó el joven, apretando el paso: después de todo, era la hora de la cena.

Llegó al comedor sin pasar siquiera por su habitación. Con gusto se habría dado un baño, al menos para asegurarse de que no quedaba ningún bicho entre su pelo y sus ropas que pudiera terminar en su colchón, pero estaba hambriento, y las normas de

la Academia en cuanto a horarios eran muy estrictas: si llegaba tarde, se quedaría sin cenar.

Cuando llegó al comedor, el resto de los estudiantes estaban ya terminando. Tabit dejó caer su zurrón y su compás junto al banco de la mesa donde estaban sus amigos.

–¡Sí que has tardado! –comentó Unven, su compañero de cuarto–. ¿Dónde has ido a hacer la medición? ¿Al fin del mundo?

–Casi –respondió Tabit entre dientes–. Luego te cuento.

Regresó apenas unos minutos más tarde, cargado con un vaso y una escudilla de sopa. Se sentó junto a Unven y otros dos estudiantes y les relató en pocas palabras el resultado de su viaje.

–¡Vaya! –comentó Zaut, el más joven del grupo–. Un portal para un campesino... ¿Cómo es posible que la Academia atienda ese tipo de peticiones?

No lo decía con mala intención, así que Tabit no se lo tuvo en cuenta. Zaut provenía de Yeracia, una de las ciudades capitales más pequeñas, y había crecido en un ambiente que algunos no dudaban en calificar de «pueblerino». Las sutilezas de las relaciones sociales de la gran ciudad se le escapaban por completo, de modo que tendía a repetir, con cierta ingenuidad, algunas de las ideas que escuchaba por ahí, sin detenerse a rumiarlas y a desarrollarlas por su cuenta, en un intento desesperado por no desentonar entre sus compañeros de la Academia.

–Mientras paguen lo convenido, ¿qué más da dónde se pinta el portal, y para quién? –replicó Unven, encogiéndose de hombros con un gesto indolente.

Tabit sonrió. Su compañero de habitación, que era también su mejor amigo, era hijo de un terrateniente que poseía algunas propiedades en la vasta región de Rodia. También tenía muchos hijos, lo que había obligado a algunos de ellos a buscarse la vida lejos del hogar familiar. El porqué le había tocado a Unven, que era el menor de ellos, matricularse en la Academia cuando no tenía vocación ni deseo alguno de estudiar era un misterio para todo el mundo. Cada vez que Tabit le preguntaba al respecto, de hecho, Unven se aclaraba la garganta y cambiaba rápidamente de tema.

También resultaba incomprensible para muchos la amistad que se había creado entre Unven, cuya fama de vago y juerguista era bien merecida, y el serio y aplicado Tabit, que era en todo opuesto a él.

Ellos, sin embargo, no lo veían algo tan descabellado. Unven, consciente de sus defectos, reconocía y admiraba el tesón, la sensatez y la fuerza de voluntad de Tabit. Y este agradecía la alegría refrescante de su amigo. En el fondo, a veces le sentaba bien tener cerca a alguien que no se tomaba los estudios tan a pecho, que le ayudara a aflojar un poco las riendas cuando era necesario. Ambos, en fin, se complementaban y aprendían el uno del otro.

—Pero un talento como el de Tabit no debería desperdiciarse en algo tan nimio —insistió Zaut.

Tabit se removió, incómodo, como cada vez que alguien mencionaba públicamente su éxito en los estudios. Y Zaut, que tenía por costumbre decir lo primero que le pasaba por la cabeza sin preocuparse por las consecuencias, lo hacía a menudo.

—Yo no... —empezó a defenderse; pero Unven se enderezó un poco y lo detuvo con un gesto.

—Mira, en eso sí estoy de acuerdo —cortó—. Eres el mejor de nuestro curso, y lo sabes.

—Estudio mucho —continuó Tabit, encogiéndose de hombros.

—No, no, pero lo tuyo es algo más. Muchos se matriculan en la Academia porque quieren asegurarse buenos ingresos en el futuro, porque sus padres se empeñaron o simplemente porque les hace ilusión que los llamen «maeses» —suspiró—. Pero tú eres distinto. Tú tienes... ¿cómo se llama?

—Vocación —apuntó Relia, la cuarta ocupante de la mesa, con seriedad. Había estado leyendo un libro, con calma, mientras los demás hablaban, como si la conversación no fuera con ella. Pero sus amigos sabían que Relia pocas veces pasaba por alto lo que sucedía a su alrededor.

—Estudio mucho —insistió Tabit, tozudo.

Unven alzó las manos en señal de rendición.

—Vale, lo que tú quieras. Hablemos de estudios, entonces. Como has estado dos días fuera, quizá no te has enterado, pero se rumorea que maese Belban anunciará mañana el nombre de su nuevo ayudante.

—¿Y qué? —dijo Zaut.

—Tabit presentó la solicitud.

Zaut los miró, aún sin comprender.

—Pero ¿por qué querría nadie ser el ayudante de maese Belban? —preguntó, desconcertado—. Todos saben que está loco.

—No está loco, es un genio —replicó Tabit en voz baja—. Formuló la hipótesis Belban, ¿no la conocéis? Lo estudiamos el trimestre pasado en Teoría de Portales. Desarrolló un modelo teórico según el cual un portal podría abrirse sin necesidad de dibujar su gemelo en el punto de llegada.

Zaut se quedó mirándolo sin entender, pero Unven suspiró con impaciencia, y Relia, tras meditarlo detenidamente, preguntó con voz pausada:

—¿Y a dónde conduciría un portal semejante? Todo el mundo sabe que hacen falta dos, uno en el punto de salida y otro en el punto de llegada, para que se establezca una conexión entre ambos lugares.

Relia era la más sensata y práctica de los tres. Su padre era comerciante en Esmira, y siempre había sentido interés por las facilidades de transporte que otorgaban los portales de viaje, cuyo buen funcionamiento no dependía, como en el caso de los barcos o las caravanas, de adversidades como el mal tiempo atmosférico o los ataques de bandidos y piratas. Relia era la heredera del negocio y desde muy pequeña había ayudado a su padre con la contabilidad; tiempo después, él había pagado una generosa suma para que la muchacha pudiera estudiar en la Academia y llegar a ser, con el tiempo, pintora de portales. Relia se tomaba muy en serio su papel en el presente y el futuro del negocio familiar. A diferencia de Unven, sabía muy bien por qué y para qué estudiaba.

Naturalmente, Tabit y ella se llevaban muy bien, y eso dejaba a Unven en cierta situación de desventaja. Sin embargo, desde hacía un tiempo Tabit había notado que su amigo se esforzaba por parecer más formal y menos tarambana, y se aplicaba más en los estudios, en un intento por llamar la atención de Relia. También participaba más a menudo en conversaciones relacionadas con las diferentes asignaturas, tratando de demostrar que tenía más conocimientos de los que se le suponían.

—Por eso es un modelo teórico —debatió—, porque no hay ninguna manera de probarlo. Y por eso se llama «la hipótesis de Belban». Pero eso no lo convierte en un genio. Si ahora voy yo y digo que puedo pintar un portal que se active solo con mi fuerza de voluntad, maese Denkar me suspendería, no iría corriendo a ver al rector para decirle que ha descubierto un gran talento en mí.

Zaut rió, y Relia se permitió una media sonrisa que no pasó desapercibida a Unven.

–Ya sé que la mayoría de las cosas que estudiamos en Teoría de Portales no sirven para mucho –se defendió Tabit–, pero esto es diferente. Si te hubieses molestado en leer su libro...

–Pero todos dicen que maese Belban está loco –insistió Zaut–. Y que mató al último ayudante que tuvo, hace más de veinte años.

Zaut era muy dado a escuchar y repetir todo tipo de historias truculentas. Para burlarse de él, los estudiantes mayores solían relatarle cuentos y chismes sobre el oscuro pasado de la Academia o de algunos de sus integrantes. La mayor parte de ellos no tenía ninguna base real, pero Zaut se los creía de todas formas, y los repetía fascinado a sus compañeros, que los acogían con escépticos alzamientos de cejas, miradas cómplices o sonrisas divertidas.

Sin embargo, en aquella ocasión su comentario solo recibió un breve silencio circunspecto.

–Yo había oído que a su ayudante lo mató la gente del Invisible –apuntó entonces Relia en voz baja.

–Ah, sí, a mí también me han contado esa historia –añadió Unven, estremeciéndose–. En serio, Tabit, no sé por qué tienes tanto interés en trabajar con ese hombre. Es siniestro, lo mires por donde lo mires.

–Eso no son más que cuentos –replicó Tabit, casi perdiendo la paciencia–. He leído todo lo que ha escrito maese Belban y me parece absolutamente brillante. Tiene una concepción de los portales tan... nueva, tan osada y a la vez tan lógica...

–Vale, ya nos ha quedado claro: te has enamorado de él –concluyó Unven, mientras Zaut y Relia estallaban en carcajadas.

–De su mente, tal vez –replicó Tabit–. Escuchad, esto va en serio: ser el ayudante de maese Belban es lo que he querido siempre, desde que leí su manual en primero. El día que me enteré de que aún vivía, y estaba aquí, en la Academia...

–Lo recuerdo –suspiró Unven–. Estuviste hablando de él sin parar durante un mes entero. Y me parece muy bien que lo admires tanto, pero a distancia, como has hecho siempre. Es un tipo raro. Casi no sale de su habitación, hace años que no imparte lecciones y ahora, de repente, necesita un ayudante. ¿No te parece extraño?

–Estará trabajando en algún proyecto nuevo. ¿Qué tiene eso de extraño?

Unven suspiró de nuevo.

–Como quieras. Pero, si terminas volviéndote huraño y solitario como él, luego no digas que no te lo advertí.

–Dejadlo ya –intervino Relia–. Si Tabit consigue el puesto, nos alegraremos mucho por él, lo felicitaremos y ya está.

–¿Cómo que «si» lo consigue? –replicó Unven, ofendido–. ¡Es nuestro Tabit! Yo vi el proyecto que presentó; era muy bueno.

–Caliandra también se ha presentado.

Las cuatro cabezas se volvieron hacia una mesa cercana, donde una joven de cabello negro, largo y espeso que llevaba suelto sobre los hombros se reía de algún chiste que acababa de contar otra estudiante.

–¿Estás segura?

Relia asintió.

–Estamos en el mismo grupo de Arte de Portales, y el otro día maesa Ashda comentó en clase algo sobre su proyecto. Dijo que maese Belban lo encontraría... interesante.

Tabit no supo cómo tomarse esa información.

–¿Qué se le habrá perdido a ella con maese Belban? –murmuró con disgusto.

–¿Y qué te pasa a ti con Caliandra, si puede saberse? –preguntó Zaut, sorprendido por la acidez de su tono.

Tabit no respondió.

–Fue la primera de la clase en Diseño de Trazado –informó Unven–. Maesa Ashda le dio a su proyecto la máxima nota, por encima de la de Tabit, y eso que Caliandra apenas lo preparó.

–Es muy inteligente –apuntó Relia.

Tabit sacudió la cabeza.

–Pero casi ni se la ve por la biblioteca –protestó.

Zaut disimuló una risilla.

–Sí, dicen que tiene una vida social de lo más... interesante –insinuó.

Tabit bufó por lo bajo.

–No se trata de eso –protestó–. Lo que haga con su vida privada es problema suyo. Pero no puede pretender, además, obtener buenos resultados académicos sin estudiar apenas. No es... –se calló antes de concluir la frase, porque sabía que iba a sonar como una pataleta infantil.

«No es justo», iba a decir. Caliandra lo tenía todo: era divertida, inteligente, buena compañera... Procedía de una familia pudiente y no le faltaban amigos en la Academia. Y, al mismo tiempo, se las arreglaba para sacar excelentes puntuaciones en casi todas las asignaturas. Sus profesores valoraban en ella su imaginación y la forma que tenía de plantear preguntas que nadie era capaz de responder. «Pero su formación es tan deficiente...», se lamentó Tabit para sus adentros. «No estudia los datos, simplemente hace conjeturas... y actúa por instinto.» Eso era algo que al joven le horrorizaba. La ciencia de los portales era algo serio y, sobre todo, exacto. No podía dejarse nada a la improvisación. Por eso no entendía cómo era posible que Caliandra, tan alocada, tan intuitiva, hubiera llegado a superarlo en algunas materias, por muy lista que fuera.

Se obligó a tranquilizarse. Había presentado un buen proyecto. Había trabajado en él durante semanas, había estudiado minuciosamente cada variable y desarrollado cada pequeño detalle. Seguro que maese Belban sabría apreciarlo.

El portal que debía pintar para Yunek y su familia había quedado olvidado. Ahora, en el horizonte de Tabit solo estaba su futuro en la Academia, como ayudante de maese Belban... y se trataba de un futuro que ni siquiera Caliandra sería capaz de oscurecer.